

El desafío de una candidata

Que la mujer incurrió en la lucha por la presidencia de la República, como opciones efectivas de ganar constituye un hecho que ubica a nuestro país en el actual movimiento mundial de evolución del papel de la mujer en la política. En principio, evidencia un logro significativo en la escurpada ruta hacia la superación de los modelos que obstaculizan la igualdad de oportunidades para las mujeres.

De manera optimista, pensamos que con una mujer conduciendo el estado costarricense se crearían condiciones para romper los viejos esquemas en política, y quizás se abriría la posibilidad de dar el gran salto cualitativo que haría cambiar las cosas. Sería, en mi opinión, revestir las prácticas políticas tradicionales de una nueva ética; también me atrevo a pensar que puede ser un sentir generalizado.

De las mujeres que han logrado un espacio en la arena política costarricense, algunas han brillado por sus propias competencias. Lamentablemente, la labor de las más tesoneras y silenciosas se ha opacado, a veces, por aquellas que se complacen girando alegremente alrededor de la voluntad de los gobernantes, participando en los tradicionales juegos de poder: favores y protección a cambio de silencio y



Alma Rosasa Aguilar (*)

sumisión.

Utilización de la figura femenina. El reciente caso del nombramiento de la Defensora de los habitantes cuyas imágenes están aún frescas en la memoria del costarricense, además de ser una muestra de la poca importancia que se le dio a la ciudadanía y una intromisión del poder ejecutivo en el legislativo, es una patética reproducción de los más añejos modelos autoritarios patriarcales que asignan a la mujer un triste rol de sujeción. Pero esos caprichos de poder y tan vana utilización de la figura femenina indisponen a la ciudadanía y podrían transformarse en un pesado grillete para cualquier candidata.

La candidata liberacionista ha mostrado capacidad y habilidad para ubicarse de manera estratégica en la dinámica política y ocupar puestos públicos durante muchos años. Tuvo así la gran oportunidad de servir al país. Hoy, de tan flamante candidata, se hubieran esperado un plan de gobierno respaldado por acciones pasadas concretas, por huellas profundas de su lucha social por el bien común. ¿Cuál fue el legado de su paso por la vicepresidencia, los ministerios de justicia, de seguridad y la Asamblea Legislativa? Un inventario de logros sería la mejor campaña y no así el despilfarro publicitario que pagará, como siempre y sin poder hacer nada para evitarlo, la ciudadanía indefensa. Esas imágenes de ella que circulan, más

rígidas que firmes, ¿evocan un legado de apotes?, ¿acaso interpela algún viso de carisma sonrisa empática que denote cercanía y accesibilidad?

Responsabilidad histórica. Por otra parte ¿cómo podría doña Laura demostrar que no es ella la pieza central de ese juego de marketing político para perpetuar el poder en el cual ahora resulta muy oportuna y necesaria la figura de una mujer?

Obviamente, a cualquier candidata o candidato a la presidencia de la República se le debió exigir lo mismo. Pero aquí, mi reflexión apunta al significado que tiene la aspiración de un mujer a la silla presidencial. Para mí, entra en juego algo fundamental: sería deseable que la mujer contribuyera a instaurar nuevas prácticas para remozar la política, y que, de ninguna manera, se preste al engaño de poner ropaje de mujer al eterno juego masculino que busca cubrir los rostros del poder. ¿Acaso un sueño imposible o tan solo una imagen arquetípica del eterno femenino?

El desafío de doña Laura consiste en comprender el valor simbólico del lugar que ocupa en esta coyuntura, asumir la responsabilidad histórica que le corresponde y, por esa vía, cumplir con las expectativas de las mujeres que en ella esperarían verse representadas.